La casa de los relojes

Estimada señorita:

Ya que me he distinguido en sus clases con mis composiciones, cumplo con mi promesa; me ejercitaré escribiéndole cartas. ¿Me pregunta qué hice en los últimos días de mis vacaciones?

Le escribo mientras ronca Joaquina. Es la hora de la siesta y usted sabe que a esa hora y a la noche, Joaquina, porque tiene carne crecida en la nariz, ronca más que de costumbre. Es una lástima porque no deja dormir a nadie. Le escribo en el cuadernito de deberes porque el papel de carta que conseguí del Pituco no tiene líneas y la letra se me va para todos lados. Sabrá que la perrita Julia duerme ahora debajo de mi cama, llora cuando entra luz de luna por la ventana, pero a mí no me importa porque ni el ronquido de Joaquina me despierta.

Fuimos a pasear a la laguna de La Salada. Es muy lindo bañarse. Y me hundí hasta las rodillas en el barro. Junté hierbas para el herbario y también, en los árboles que quedaban bastante apartados del lugar, huevos para mi colección, de torcaza, de urraca y de perdiz. Las perdices no ponen huevos en los árboles sino en el suelo, pobrecitas. Me divertí mucho en la laguna Salada, hicimos fortalezas de barro; pero más me divertí anoche en la fiesta que dio Ana María Sausa, para el bautismo de Rusito. Todo el patio estaba decorado con linternas de pa-

pel y serpentinatas. Pusieron cuatro mesas, que improvisaron con tablas y caballetes, con comida y bebidas de toda clase, que era de chuparse los dedos. No hicieron chocolate por la huelga de leche y porque mi padre se vuelve loco al verlo y le hace mal al hígado.

Estanislao Romagán abandonó aquel día la tropilla de relojes que tiene a su cargo para ver cómo preparaban la fiesta y para ayudar un poquito (él, que ni en domingos ni en días de fiesta deja de trabajar). Yo lo quería mucho a Estanislao Romagán. ¿Usted recuerda aquel relojero jorobado que le compuso a usted el reloj? ¿Aquel que en los altos de esta casa vivía en esa casilla que yo llamaba La Casa de los Relojes, que él mismo construyó y que parece de perro? ¿Aquel que se especializaba en despertadores? ¡Quién sabe si no lo ha olvidado! ¡Me cuesta creerlo! Relojes y jorobas no se olvidan así no más. Pues ése es Estanislao Romagán. En láminas me mostraba un reloj de sol que disparaba un cañón automáticamente al mediodía, otro que no era de sol cuya parte exterior representaba una fuente, otro, el reloj de Estrasburgo, con escalera, con carros y caballos, figuras de mujeres con túnicas, y hombrecitos raros. Usted no me creerá, pero era tan agradable oír las campanillas diferentes de todos los despertadores en cualquier momento y los relojes que daban las horas mil veces al día. Mi padre no pensaba lo mismo. Para la fiesta, Estanislao desenterró un traje que tenía guardado en un pequeño baúl, entre dos ponchos, una frazada y tres pares de zapatos que no eran de él. El traje estaba arrugado, pero Estanislao, después de lavarse la cara y de peinarse el pelo que tiene muy lustroso, negro y que le llega casi hasta las cejas, como un gorro catalán, quedó bastante elegante.

—Sentado, con la nuca apoyada sobre un almohadón, se le veía bien. Tiene buena presencia, mejor que la de muchos invitados —comentó mi madre.

—Déjame tocarle la espalda —le decía Joaquina, corriéndolo por la casa.

El permitía que le tocaran la espalda, porque era bueno.

—¿Y a mí quién me trae suerte? —decía.

—Sos un suertudo —le contestaba Joaquina—, tenés la suerte encima.

Pero a mí me parece que era una injusticia decirle eso. ¿A usted no, señorita?

La fiesta fue divina. Y el que diga que no, es un mentiroso. Pirucha bailó el Rock and Roll y Rosita bailes españoles, que aunque es rubia lo hace con gracia.

Comimos sándwiches de tres pisos, pero un poquito secos, merengues rosados, con gusto a perfume, de esos chiquititos, y torta y alfajores. Las bebidas eran riquísimas. Pituco las mezclaba, las batía, las servía como un verdadero mozo de restaurante. A mí me daba todo el mundo un poquito de acá, un poquito de allá y así llegué a juntar y a beber el contenido de tres copas, por lo menos. Iriberto me preguntó:

—Che, pibe, ¿qué edad tenés?

—Nueve años.

—¿Bebiste algo?

—No. Ni un trago —le contesté, porque me dio vergüenza.

—Entonces tomá esta copa.

Y me hizo beber un licor que me quemó la garganta hasta la campanilla. Se rió y me dijo:

—Así serás un hombre.

Esas cosas no se hacen con un chico, ¿no le parece, señorita?

La gente estaba muy alegre. Mi madre, que habla poco, charlaba con una señora cualquiera y Joaquina, que es tímida, bailó sola cantando una canción mejicana que no sabía de memoria. Yo, que soy tan huraño, conversé hasta con el viejito malo que siempre me manda al diablo. Era tarde ya cuando bajó de su casilla por fin vestido y peinado Estanislao Romagán que se disculpó de llevar un traje arrugado. Lo aplaudieron y le dieron de beber. Le hicieron mil atenciones: le ofrecieron los mejores sánd-

wiches, los mejores alfajores, las más ricas bebidas. Una muchacha, la más bonita, creo, de la fiesta, arrancó una flor de una enredadera y se la puso en el ojal. Puedo decir que era el rey de la fiesta y que se fue alegrando con cada copa que tomaba. Las señoras le mostraban el reloj pulsera descompuesto o roto, que llevaban casi todas en la muñeca. El los examinaba sonriente, prometiendo que los iba a componer sin cobrar nada. Se disculpó de nuevo de tener un traje tan arrugado y riendo dijo que era porque no acostumbraba ir a las fiestas. Entonces Gervasio Palmo, que tiene una tintorería a la vuelta de casa, se le acercó y le dijo:

—Vamos a planchártelo ahora mismo en mi tintorería. ¿A qué sirven las tintorerías si no es para planchar los trajes de los amigos?

Todos acogieron la idea con entusiasmo, hasta el mismo Estanislao, que es tan moderado, gritó de alegría y dio unos pasitos al compás de la música de un aparato de radio que estaba colocado en el centro del patio. Así iniciaron la peregrinación a la tintorería. Mi madre, apenada porque le habían roto el adorno más bonito de la casa, y ensuciado una carpeta de macramé, me retuvo del brazo:

—No vayas, querido. Ayúdame a arreglar los desperfectos.

Como si me hubiera hablado el gato (aunque usted no lo crea), salí corriendo detrás de Estanislao, de Gervasio y del resto de la comitiva. Después de la casilla de los relojes de Estanislao Romagán, la casa del barrio que más me gusta es esa tintorería LA MANCHA. En su interior hay hormas de sombreros, planchas enormes, aparatos de donde sale vapor, frascos gigantescos y una pecera, en el escaparate, con peces colorados. El socio de Gervasio Palmo, que llamamos Nakoto, es un japonés, y la pecera es de él. Una vez me regaló una plantita que murió en dos días. ¿A un chico cómo quiere que le guste una planta? Esas cosas son para los grandes, ¿no le parece, señorita? Pero Nakoto tiene anteojos, los dientes

muy afilados y los ojos muy largos; no me atreví a decirselo: lo que yo quería que me regalara era uno de los peces. Cualquiera me comprende.

Ya había oscurecido. Caminamos media cuadra cantando una canción que desafinábamos o que no existe. Gervasio Palmo, frente a la puerta de la tintorería, buscó las llaves en su bolsillo, tardó en encontrarlas porque tenía muchas. Cuando abrió la puerta, todos nos agolpamos y ninguno podía entrar, Gervasio Palmo impuso tranquilidad con su voz de trueno. Nakoto nos apartó, encendió las luces de la casa, quitándose los anteojos. Entramos en una enorme sala que yo no conocía. Frente a una horma que parecía la montura de un caballo me detuve para mirar el lugar donde iban a planchar el traje de Estanislao.

—¿Me desnudo? —interrogó Estanislao.

—No —respondió Gervasio—, no se moleste. Se lo plancharemos puesto.

—¿Y la giba? —interrogó Estanislao, tímidamente.

Era la primera vez que yo oía esa palabra, pero por la conversación me enteré de lo que significaba (ya ve que progreso en mi vocabulario).

—También te la plancharemos —respondió Gervasio, dándole una palmada sobre el hombro.

Estanislao se acomodó sobre una mesa larga, como le ordenó Nakoto que estaba preparando las planchas. Un olor a amoníaco, a diferentes ácidos, me hizo estornudar: me tapé la boca, siguiendo sus enseñanzas, señorita, con un pañuelo, pero alguien me dijo «cochino», lo que me pareció de muy mala educación. ¡Qué ejemplo para un chico! Nadie se reía, salvo Estanislao. Todos los hombres tropezaban con algo, con los muebles, con las puertas, con los útiles de trabajo, con ellos mismos. Traían trapos húmedos, frascos, planchas. Aquello parecía, aunque usted no lo crea, una operación quirúrgica. Un hombre cayó al suelo y me hizo una zancadilla que por poco me rompo el alma. Entonces, para mí al menos, se terminó la alegría. Comencé a vomitar. Usted sabe que tengo

un estómago muy sano y que los compañeros de colegio me llamaban avestruz, porque tragaba cualquier cosa. No sé lo que me pasó. Alguien me sacó de allí a los tirones y me llevó a casa.

No volví a ver a Estanislao Romagán. Mucha gente vino a buscar los relojes y un camioncito de la relojería LA PARCA retiró los últimos, entre los cuales había uno que parecía una casa de madera, que era mi preferido. Cuando pregunté a mi madre dónde estaba Estanislao, no quiso contestarme como era debido. Me dijo, como si hablara al perro. «Se fue a otra parte», pero tenía los ojos colorados de haber llorado por la carpeta de macramé y el adorno y me hizo callar cuando hablé de la tintorería.

No sé lo que daría por saber algo de Estanislao. Cuando lo sepa le escribiré otra vez.

La saluda cariñosamente, su discípulo preferido.

N. N.